

Habla un joven

Jhs.

EL PROBLEMA DEL CINE

X, 15 de Octubre del 1940

Mi querido amigo:

Como te prometí, hablaremos hoy del cine.

A cierta persona amiga mia, he ~~oído~~ oído contar, que, cuando en sus años mozos vió el cine por vez primera, se llamaba aquel espectáculo sensacional -eran los albores del cine de hoy- con un nombre técnico: "Cuadros disolventes". Bien se echa de ver que este título y carácter de disolvencia hacia relación, puramente, a una causa física, óptica, y, en este sentido, lo mismo hubiera podido llamarse "cuadros animados" o, aún, "cuadros vertiginosos". Pero, es lo cierto que, desde la perspectiva de hoy, no se puede por menos de ver en este nombre algo de significativo, con amarga ironía si se quiere, pues, desdichadamente, el cine de hoy, ha incorporado y hecho suyo el tono de disolvencia moral. El cine actual es, por la mayor parte, corruptor y disolvente.

Y, lo desgraciado del caso, reside en que el cine ha llegado a generalizarse de una manera prodigiosa, introduciéndose hasta los pueblos más escondidos. Raro será entre éstos, sobre todo en los de relativa importancia, el que no cifre todo su empeño y felicidad en la posesión de un cine propio. ¿No vemos este problema diariamente planteado?

Y, junto a esta labor de penetración geográfica, el cine va, poco a poco, rindiendo y avasallando las conciencias y las almas. Escogidamente, las de los jóvenes. Operación lenta, ^{de anestesia,} de insensibilización. Asuntos, situaciones, escenas, desenvueltas en un ambiente estrictamente amoral e inmoral, que el espíritu e imaginación del joven va trasegando y asimilando...

Pero, amigo mio, como muy bien sabes, no es éste solo lo más grave del caso, pues lo verdaderamente dramático es que existan gentes llamadas católicas que pretenden conciliar lo inconciliabile, como es esta vida de frij

volidad y paganismo con la vida de piedad y religión. Error funestísimo a todas luces. Si ya Santa Teresa, con su fina penetración, dijo, en este sentido, que "oración y regalo no se compadecen" ¿qué habría de clamar hoy, al ver almas que pretenden simultanear la recepción diaria del cuerpo del Señor con la inmersión -diaria también- en tanta pecina?

Diariamente se repiten hechos que te darán cabal idea de la gravedad y hondura del problema del cine, que universalmente se ha planteado. Y no creo yo que este problema pueda resolverse, como otros se resuelven, con soluciones intermedias. Bien están los esfuerzos aislados, parciales, muy meritorios, como el de la "Asociación Católica de Padres de Familia", veladora por la moral de sus hijos, que, en muchas de nuestras ciudades, tiene montado un servicio perfecto de crítica e información de películas. Bien está -si bien estuviera- la censura previa... Pero ¿resuelve esto el problema? En ningún modo. El problema sigue vivo y palpitante.

Hay que profundizar más. Hay que llegar al fondo mismo de esta maleada conciencia social, y, en ella, encontrar el origen lo mismo de este problema del cine como de todos los que aquejan al mundo de hoy. Y entonces, descubierto este punto neurálgico, resulta muy sencillo el diagnóstico: Crasitud de ignorancia religiosa, paganismo en las costumbres, desamor de Cristo. En una palabra: ausencia de fé.

¿Cómo tratar estas enfermedades? Sólo es uno el camino, y resultará inútil pretender desconocerlo: Retorno a la verdad y al dolor de Cristo.

Hay que presentar el campo ubérrimo de la vida sobrenatural, fecundado por la sangre de Cristo, ante las conciencias adormecidas. Es preciso, de todo punto, hacerlas despertar. ¿Que parece empresa descabellada? Todas las empresas grandes lo parecieron. ¿Que, casi a nosotros mismos, nos hace sonreír nuestra insignificancia? No importa.. Bajo la mirada paternal del Maestro nos sentiremos gigantes poderosos.

Amigo mio: yo he vivido entre jóvenes algunos años, y, con esta pequeña experiencia, me atrevo a aconsejarte. Cuando, con los que ya te esperan, establezcas contacto en tu Parroquia, en la Casa de Ejercicios, en tu Círculo de Estudios, y salgan al tapete estas cuestiones, no las trates, por favor, de una manera negativa, lo mismo se trate de bailes y de cines que de

lecturas y relaciones. Háblales, encendidamente, del prisma único a través del cual han de contemplar el mundo y sus cosas: el prisma de la sangre de Cristo, con el que nunca podrán extraviarse. Y, desde ahora te anticipo que han de comprenderte. Pues, si es un principio inconcuso que la moral presupone el dogma ¿no ha de ser machacar en hierro frío el encarecerles su abstención de ciertas cosas, cuando todavía carecen de la conciencia de ser templos del Espíritu Santo, y del respeto que, como a tales, se deben? Alguna vez, he oído preguntar a ciertos espíritus simples, entecos, agotadores de todas las paciencias, cosas como estas: ¿Pueden bailar los jóvenes católicos? ¿Pueden ir al cine y llevar las mangas cortas nuestras jóvenes? Los que tales cuestiones proponen, mejor harían en repreguntarse a sí mismos: ¿Siento, dentro de mí, el clamor de la sangre de Cristo? ¿Oigo el mandato de esa sangre? ¿Acomodo mi vida a ese mandato supremo?...

Conclusión: el mal de nuestros tiempos es la falta de fé, y, consiguientemente, la falta de moral. Si queremos que ésta renazca, hemos de empezar por lo primero, recordando a los olvidadizos que "cristiano quiere decir hombre que tiene la fé de Jesucristo y está ofrecido a su santo servicio". ¿No te parece que esta es la única solución?

Tu amigo affmo.